

## AMARÁS (Mt 22,34-40)

**En aquel tiempo, <sup>34</sup> los fariseos, al enterarse de que Jesús había tapado la boca a los saduceos, se reunieron en grupo, <sup>35</sup> y uno de ellos le preguntó con ánimo de ponerle a prueba: <sup>36</sup> «Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?» <sup>37</sup> Él le dijo: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. <sup>38</sup> Este es el mayor y el primer mandamiento. <sup>39</sup> El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. <sup>40</sup> De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas».**

Pasamos, este domingo, de una discusión económica a una discusión teológica, de una cuestión de dinero a una cuestión de amor, de la obligación a la libertad. Seguimos en la explanada del Templo, donde el Maestro discutía con sus adversarios. Pero más que discusiones se trataba de su nueva doctrina expuesta con autoridad. Nueva porque requiere una cierta agudeza espiritualidad para captarla. No es tan simple aunque parezca una repetición de conceptos, como fue la polémica del domingo pasado sobre el impuesto a la autoridad. Pero esta novedad hay que escarbarla meditando.

### Contexto

Nuevamente aparecen en escena, y siempre con el mismo ánimo astuto, los fariseos (35). Esta escena sucede súbito después de la discusión sobre la existencia o no de la resurrección con los teólogos saduceos, profundos conocedores de la *Torah*. La respuesta novedosa del Maestro a las objeciones saduceas, con las que «les tapó la boca» (34), sorprendió y alegró seguramente a los teólogos fariseos. Entre ellos existía total rivalidad. Aquellos eran más poderosos, más influyentes, más adinerados, más aristócratas, más sacerdotes y más conservadores. Sin embargo, los fariseos tenían mucho más discípulos y más escuelas de la *Torah*, dentro y fuera de Jerusalén. Se vanagloriaban de conocer los contenidos y los mandamientos de la Ley del Señor, e incluso de cumplirlos rigurosamente. ¿Quién de nosotros de nosotros podría levantar la mano por asemejarse a éstos?

Aquel día se reunió un grupo de fariseos y uno de ellos, posiblemente el rabí más prestigioso (25a), preguntó al Carpintero de Nazaret no con la intención de aprender, sino con el propósito de hacerle caer (*peirazō*) en su respuesta (35). Los fariseos vieron que los saduceos no pidieron discutir con el Nazareno. Él parecía invencible y muy docto. Había que tenderle una trampa y de-mostrar su impericia bíblica y su incoherencia práctica. Los judíos fervorosos, adultos, jóvenes y niños, saben qué cosa es más importante en la Biblia, del mismo modo que el cristiano medio sabe lo esencial para la salvación. En aquella época, por ejemplo, entre otras cosas, sabían que el mandamiento más importante era la observación del sábado (el *shabat*). Imaginemos que el Maestro hubiera respondido, «el sábado». Inmediatamente, aquellos, con el dedo índice, le hubieran apuntando y acusado diciendo: «¿por qué entonces no lo cumples?». Lo mismo hubiera sucedido con cualquier otro mandamiento que Jesús hubiera dicho.

### El mandamiento mayor

Los fariseos, entre otras cosas, andan atentos a los mandamientos. Escarban en las escrituras los mandamientos, las normas y preceptos que el Señor ha dejado a los hombres. Los rabinos eruditos, por eso, dejaron escritos el Talmud y Midrash donde se hallan más normas y preceptos para aquellos que desearan conocerlos.

Aquel día, uno de los rabís doctos, preguntó al Maestro: «¿Cuál es el mandamiento mayor de la Ley?» (37). Eso les interesaba y eso enseñaban. Sin embargo, el Nazareno no respondió la pregunta, como sucedió el domingo pasado y como casi siempre sucede. Los Mandamientos, que son principios, normas y prohibiciones, sean morales, éticas, jurídicas o religiosas, exigen un cumplimiento. Son preceptos impuestos por una autoridad. Y esta es otra connotación de los mandamientos. Por eso, el Nazareno no responderá la pregunta formulada con astucia. Él contestará desde otra perspectiva. Hablará del amor. Dirá: «¡Amarás!». ¿Qué mandamiento, precepto o norma obliga el amor? ¿Acaso puede una madre obligar a que sus hijos le amen? ¿Puede acaso un esposo obligar a que su esposa le ame? ¡Imposible! El amor es libre, gratuito y espontáneo. En caso contrario, no es amor. Así se debe entender la respuesta del Maestro. Nuestra relación con Dios y nuestra relación con el prójimo no se rigen, en el fondo, sobre un mandamiento sino sobre una actitud libre, gratuita y espontánea. Esta es la diferencia entre la teología de los fariseos y la teología de Jesús el Nazareno.

### Amarás

El Maestro saja el dilema de las relaciones con una palabra que suena a un imperativo: «Amarás» (37.39). «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente». Y «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo omite, lo que muchos enfatizarán este día: el *shemá Israel*. Marcos 12,29 es quien lo dice expresamente). Fariseo, dice el Maestro, aprende. En las relaciones con Dios y con el prójimo no hay mandamiento ni existe una norma. Prevalece solo el amor. Ninguna relación forzada, ni mucho menos la religiosa, es válida – afirma la doctrina nueva del Maestro.

Y por otro lado, el amor a Dios, según Mateo, tiene tres características (Marcos menciona cuatro) que configuran ésta relación de una manera singular. «Amar», pero: *Con toda tu corazón*. Según la antropología hebrea el corazón es el lugar del pensamiento y de las decisiones (Mc 2,5-7). Es además (*lēb* en hebreo) la sede de las dos inclinaciones humanas: al bien y al mal. Amamos, o deberías amar a Dios, entonces, no solo con nuestras buenas inclinaciones, con nuestros buenos propósitos y decisiones. Somos humanos. Por eso debemos amarlo con ambas inclinaciones, las buenas y las malas. Debemos caminar detrás del Señor de la misma manera, con ambas inclinaciones.

*Con toda tu alma*. *Psychē* en hebreo se dice *nephēs*, que denota el principio vital humano, como el «aliento», la «respiración» o la «vida». Indica también el «alma» o la «vida» que tenemos. Pero también esta expresión se traduce como «sangre». Es decir, debemos amar a Dios con toda nuestra vida e incluso hasta derramar la sangre por Él, como lo hacen o lo hicieron los mártires. Hasta dar la vida por el Señor.

*Con toda tu alma*. Se trata de la mente, del pensamiento, del entendimiento, de la inteligencia (*dianoia*). Se refiere a la inteligencia que Dios otorga a los hombres para comprender los actos y la voluntad del Señor. Se trata de la inteligencia que busca a Dios.

Por otro lado se encuentran las relaciones con los hombres, que parten también del principio de libertad, gratuidad y espontaneidad. Cuánto ames y te respetes a ti mismo, será tu ofrecimiento al otro. Para los judíos el prójimo no era (es) sino el conciudadano, el paisano, el pariente, el hermano de religión. El Nazareno abrió este círculo. Y fue su novedad absoluta. El amor al prójimo como el samaritano. O sea, el prójimo, no es el pobre o el que sufre sino el que hace de prójimo hacia el pobre o hacia el que sufre, como el buen samaritano. Esta es su novedad doctrinal (Lc 10,36).

Todo hombre ha sido, entonces, creado para vivir ambas relaciones. Nuestro Dios no es sino una Trinidad de relaciones. Y el hombre está hecho a imagen de Dios. Vivir estas relaciones fortalece nuestra identidad. Por eso, el que no cree en Dios camina con relaciones incompletas y lo mismo el que no ama al otro. ¿Cómo están tus relaciones? ¿Cómo es tu amor a Dios? ¿Con todo tu corazón... con tu alma... con tu mente? No es tan sencillo, es un proceso.